

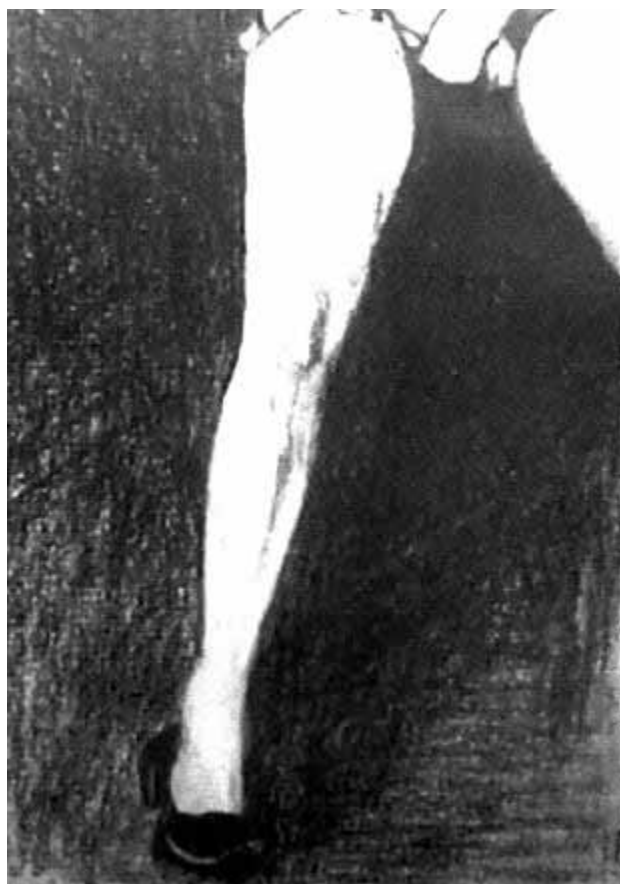
FANTASÍA CROMÁTICA DEL RÍO CIBERNÉTICO

ROBERTO BAÑUELAS

El paisaje deseado, donde pacen los sueños y las brizas de realidad apetecida, es atrofiado por la luz fatigada de la luna de un octubre sin revolución. El camino, contaminado de crepúsculo silente, se estira y ondula entre el rojo, el violeta y la amenazante oscuridad de un túnel con más principio que fin. Un hombre, solitario y pensionado, lleva en brazos al muñeco mecánico que le canta nanas con un disco compacto integrado a su mecanismo de bostezos programados para neutralizar el obstinado regurgitar de discursos estériles. La casa de apariencia frágil, se valió de la tormenta para prescindir de los cristales y, en una autofagia limitada por los tiempos de crisis, todas las ventanas se dieron de alta para comerse la luz. En la hora establecida para que los gallos bostecen con el recuento de un erotismo responsable, las sombras se adhieren al cuerpo ilusorio de los fantasmas errantes y viajan con ellos y la obsesión de encontrar una casona abandonada. Los colores son otros fantasmas, pero de signo agresivo y de naturaleza persistente. Los montes, con variaciones autónomas que la luz conforma, desafían y burlan la pretendida perfección de las pirámides. Signos, jeroglíficos y ecuaciones cincelados en la piedra, revelan la densidad de un misterio insobornable. En el centro de una ciudad y de otro siglo, un palacio acumula los espasmos líricos de menstruantes cantatrices. El público, que huye de la

idea de la guerra y del suicidio, se activa la circulación con aplausos y gritos frenéticos que claman por la repetición del huyente prodigio. Las formas geométricas permanecen indiferentes ante la opinión deforme de gente vestida con retazos de geometría adaptada a los cuerpos que sueñan con la venida del pecado. Mientras el filósofo triunfante sonríe por haber logrado la comprensión de la muchedumbre leña, el filósofo anarquista, instalado en el exilio, mira de reojo a la mística que podría conducir a la lógica para aniquilar al tirano elegido.

Las pacientes de Segismundo eran tan bellas que volvían locos a los doctores que pretendían curarlas de donde nada les dolía. En la fiesta de aniversario, entre psicólogos y teólogos (que buscan un gato negro que no está y si lo encuentran), ellas sonríen ante la cámara mientras recuerdan las embestidas de los caballeros con más escudo que lanza. No todos los campos son floridos o aptos para el hoyo 18, pero el hombre, en su obs-



Riegel Herrera

tinado desafío contra los designios míticos, inventa y construye los campos de concentración para simplificar que todos los hombres son enemigos del hombre. El hombre primitivo (padre primigenio de los actuales) salía de su cueva a cazar animales diferentes a él; ahora, cuando todo está explicado, hay más cazadores que presas y en la confusión alguien cae. Estamos conscientes de que no hay esperanza. El hombre se acicala, pero no se embellece porque necesita mostrar la carga de ferocidad y destrucción que la época reclama. Sastre, cafetómano siempre insomne, con un ojo veía a Simone y con el otro a las mujeres naturales cuya filosofía era el aquí, el ahora mismo y el todo para mí; pero algo compartían desde la poesía ritmada de su cuerpo hasta el gusto por quedarse calladas mientras el disertaba sobre un dilatado abismo entre el ser y la nada.

Un prisionero político cuenta los barrotes de la reja que le corta en dos al mundo, condenado a ser reo de los demás y ente cautivo de sí mismo. El infierno es el espejo que refleja el paso de nuestros deseos frustrados y el áspero fracaso frente a la pulida superficie del triunfo de los fuertes y de los capaces de hipotecar su real ignominia a cambio de un lugar en el cortejo de la abyección tan cerca del poder y tan lejos del honor. Detrás de todo megalomaniaco hay una bruja voraz que devora los ideales y vomita lugares comunes para beneficio de otro siglo sin ilustración.

Las cárceles son edificios sabiamente construidos con suficientes corredores y puertas para que los evadidos no arriesguen la vida saltando muros mientras los tortura el pasado y los alcanza el futuro. No se debe afirmar que no hay futuro si estamos invadidos de este presente que se vuelve pasado en el tiempo y en el campo de batalla donde la cultura vencedora es otra barbarie reverenciada por multitudes que, uncidas en la misma dirección, jalan del carro portador de la estatua colosal del gran destructor, tótem celebrado con cargo al erario. Frente al gran desfile, los monumentos conmemorativos

sirven de plataforma y andamios para que la juventud trepe y contemple la ruina inevitable de un porvenir sombrío con dioses en el exilio. La esquizofrenia social divide a los grupos antagónicos entre la hambruna heredada y los hartazgos repetidos en horario estricto.

Podemos mirar más frente a un cuadro que a través del paisaje con cortinas de neblumo; podemos valorar la extensión del silencio con pensamientos que no sean reflejo de lo ya repetido por miedo a la condenación en un infierno menos real que éste ya tan conocido, donde los fuegos de artificio nos hermanan con los brujos sin derecho a pensión ni a gastos médicos menores, porque los problemas son constantes y las soluciones dolorosamente transitorias. La ventaja de emplear cañones de largo alcance descansa en el hecho incontrovertible de que no se manchan con la sangre del enemigo. Aquí, de regreso a la paz, la sociedad robótica sigue siendo creyente del lado del fanatismo asociado con el mito y la superstición: todo se mide y se pesa para homogeneizarlo en un crisol de criterio compartido para unificar la presencia de la autocomplaciente idiotez. Los tontos no entienden nada; pero los sabios, conscientes de su traqueteada individualidad, no quieren entender a nadie, y mucho menos a los competidores de la extraña manía de pensar con sistema.

Mientras el hombre traza calles y eleva rascacielos, hay un caos subterráneo que cree en la perfección de los escombros. En el edificio de enfrente, en la gran sala del sindicato, los obreros están conscientes de cuánto crece el vacío del estómago. Pero Emilia, curtida en los avatares del acoso y con acendrado espíritu de lucha, dice a su compañero impaciente: "Aguántate, pendejo, si no con qué armas vas a combatir para defender lo que por lucha de clases de lucha te pertenece, ¿eh?"

En la dilatada ciudad, en edificios multifamiliares, sus pobladores gimen, roncan y emiten heterodoxos ruidos de protesta. ¡Todo es rebelión! Nos envidiamos y nos agredimos en el presente porque no hay futuro. Los adu-

ladores del vencedor recolectan cada día las briznas sobrantes de la victoria sin tener que luchar a muerte como eslabones de la cadena alimenticia. Compre hoy su cañón y páguelo después de exterminar a sus enemigos. Los pueblos han sido vencidos con el arma de una pantalla que ordena, dicta, impone, divierte y pervierte. Los pueblos que lucharon contra otros para afirmar su derecho a la vida, son ahora conglomerados conformistas que aceptan la sobrevivencia como la gran conquista para acumular años sabáticos de molicie y mediocridad.

Lo que puedo expresar no es comprendido por la comunidad disociada, y lo que no puedo interpretar no es lógico ni en una sesión espírita. Con espectáculos cada vez más simples, los estadios sustituyen a los teatros que pretendían reflejar y explicar los meandros de la existencia. Baco tiene su fiesta diaria. Pase usted a contemplar el espectáculo del inconsciente, explicado por el señor Breton. Aunque no sirva de puente transitorio, el arco iris se ha posado sobre el río transitado por barcas con pescadores de almas suicidas. Mientras la pareja se hace tomar una fotografía conmemorativa de acuerdos y diferencias, el niño, producto de la unión, excedido de peso, rompe el caballito de madera con galope de silla mecedora.

Los poetas, sin rima ni remuneración, sueñan con llegar a ser funcionarios de izquierda moderada dentro de la furibunda ultraderecha. Afuera, donde los perros riegan los arbotantes de la luz amenazada, el sol aprovecha su crepúsculo para fingirse naranja, manzana o farol chino. Con un cirio encendido descontamos algo de sombra al abismo de la incertidumbre. Aunque los aviones se alimenten de pájaros, está comprobado que no aprenden a cantar. A ras de tierra, la familia se reúne para comer un menú que incluye lo mejor del prójimo. La fotografía amplificada de los abuelos aprueba el ritual de la feroz masticación. Este templo, aunque pequeño, produce bendiciones y milagros para todos. Eva, previsora contra los malos tiempos, daba a la serpiente su

manzana diaria y ella, agradecida, se transformaba en flauta y miembro activo del club que propone un erotismo sin fronteras.

El hombre propone, el sol se pone y la mujer dispone la activación de preservativos marchitos con el don de servir contra la guerra. La guerra es el comunismo de la muerte. La mujer esperada no llegó. El amor soñado cumple su "para siempre" con la redondez del olvido. La estación, desierta, sin viajeros y sin trenes. La sociedad, hastiada, se reproduce en insomnes que no sueñan. Una mujer hermosa, desnuda bajo su costoso vestido, sueña con ser la madre de un héroe que no tenga que ser mártir.

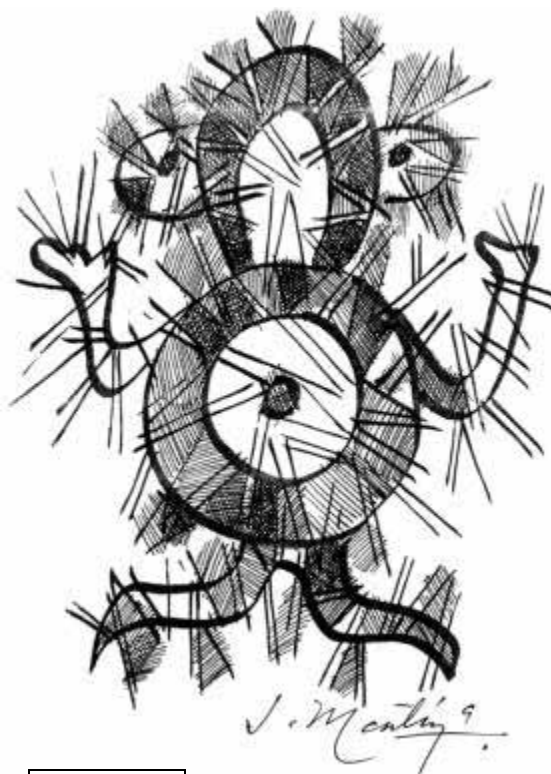
La caballería avanza con frenético galope, pero solo en la T.V.

-Tres cosas debo decirte, Segismundo:

Al hombre, el hecho de creerse libre, no le evita seguir siendo esclavo de su propia desdicha.

Los pueblos, en su mutación política e histórica, cambian de fanatismo sin dejar la enajenación.

La muerte es una puta incomensurable que con todos se acuesta y a todos es fiel.



Jesús Martínez